

*Gaspar Elizondo, una presencia*  
por miguel ángel granados chapa

La librería *Biblia, arte y liturgia*, en la calle de Berlín, era un oasis de modernidad en el páramo del catolicismo mexicano, superficial y rutinario. Los tres términos de su denominación entrañaban un programa, el de la catolicidad que se quería innovadora, a comienzos de los sesenta. Ni siquiera echábamos de menos, los preocupados por hallar en el cristianismo claves para la acción política y social, que el nombre no aludiera a esa dimensión que nos parecía infaltable, tal vez porque la sabíamos incluida en la referencia a la Biblia. No escaseaban, por cierto, tiendas que expendieran libros sobre religión. Funcionaba con buen éxito, como centro de reunión de intelectuales, la *Taberna libraria*, del doctor Jesús Guiza y Acevedo, en el pasaje Bolívar, del centro de la ciudad. Pero en más de un sentido el lugar olía a viejo. Y para un muchacho católico en busca de aires nuevos para vivir su fe, sitiado como (absurdamente) se sentía por el marxismo universitario, era preferible el fresco aroma de la librería atendida por Gaspar Elizondo.

Naturalmente, yo no sabía que él era Gaspar Elizondo. No me convertí en un habitual de *Biblia, arte y liturgia*. Imposibilitado para ser un asiduo consumidor de libros, compraba en cambio regularmente la edición española de *Informaciones católicas internacionales*, otra de las iniciativas de Elizondo, según supe años más tarde. Pero si

había una cofradía de clientes, nunca formé parte de ella, por timidez y porque por razones geográficas frecuentaba más San Ignacio, otra librería católica, situada en Donceles, frente a los tribunales a donde me llevaba obligadamente mi pesado (porque no me gustaba) trabajo como pasante de un despacho de abogados, una firma con sugerentes apellidos en inglés. para denotar su calidad.

Como su nombre indicaba, el establecimiento gobernado por Elizondo era mucho más que una librería. Era la cara capitalina, quizá hasta la sede en la ciudad de México, del experimento que en varios órdenes tenía lugar en Santa María de la Resurrección, el monasterio benedictino abierto por don Gregorio Lemercier en Santa María Ahuacatlán. Por eso podían comprarse en Berlín 17 libros sobre psicoanálisis, incluso sobre, digámoslo así, psicoanálisis católico o cuando menos *light*, tal cual los escritos por Ignace Lepp. Y es que los benedictinos de Lemercier se sujetaban a esa exploración y terapéutica, que tantos estremecimientos les provocaría a ellos y a la Iglesia en general. También de allí venía el novedosísimo arte religioso del que era creador fray Gabriel de la Mora, que estaba a la venta en la librería: imágenes de Cristo y de la Virgen formadas con trazos alargados, insólitos, audaces, y tabletas con textos bíblicos pintados con tipografía de rasgos lanzados al aire, que hacía evocar, sin repetirla ni de cerca, la iconografía ortodoxa. Con semejante presentación se exhibían allí casullas y otras prendas de la vestimenta sacerdotal, y muebles y adminículos para el altar,

apropiados para la renovación litúrgica, previa y concomitante con el Concilio Vaticano II. De esa renovación, que se manifestaba en el convento benedictino y en la Catedral de Cuernavaca regida por su obispo don Sergio Méndez Arceo, fue mascarón de proa el establecimiento de la colonia Juárez.

Supe que el grave señor que allí atendía sonriente a su clientela era Gaspar Elizondo, cuando me lo presentó Ernesto Ortiz Paniagua. En abril de 1964 el poeta y yo habíamos sido contratados como reporteros de un semanario que estaba por nacer. Se llamaría *Crucero* y su director era don Manuel Buendía. Puesto que era la víspera de la aparición del periódico, el primero de mayo de aquel año no disfrutamos el asueto del Día del Trabajo, pero al atardecer Ortiz Paniagua me invitó a tomar café con sus amigos David Orozco Romo, el líder sinarquista; Vicente Leñero, ya laureado escritor, y Gaspar Elizondo. Nos reunimos en el célebre pasaje de Génova, en lo que ya comenzaba a llamarse la Zona Rosa, en el café propiedad de don Jacobo Glantz.

Cerca de allí, en otra cafetería, de Havre y Niza, don Horacio Guajardo me había llevado poco tiempo atrás ante Buendía, su amigo de la época panista, presentándome como aspirante a reportero. Lo mismo había hecho respecto de Ortiz Paniagua. Esos grandes favores debo, entre muchos más, a don Horacio: el haberme hecho conocer a don Manuel y a Ortiz Paniagua; y, a través de éste, a Gaspar Elizondo, su paisano. Guajardo era a la sazón

gerente de la revista *Señal*. También por su siempre generosa mediación, el director del semanario, José N. Chávez González, me invitó a ser colaborador habitual. También lo era Elizondo, y como Ortiz Paniagua hubiera regresado a la revista, en su redacción nos reuníamos para conversar y luego salíamos a tomar café. Yo había ingresado ya a *Excélsior*, y el ambiente allí, así como el que vivía como joven profesor en la escuela de ciencias políticas de la Universidad Nacional, eran tan vivaces que se volvían fácilmente agresivos. Por ese contraste aprendí a apreciar el trato suave, terso, inteligente, humoroso, de los amigos de *Señal*, entre los que sobresalía Elizondo por su formación social y su inspiración religiosa, de la que por supuesto no hacía alarde, pues ninguno de los circunstantes era *mocho*..

Ortiz Paniagua era ya entonces un gran poeta, que no se manifestó como tal ante el gran público porque su modestia cristiana lo imposibilitaba para ser su propio propagandista. Conservo después de varias décadas un ejemplar de la revista *Acento*, dirigida por don Alejandro Avilés, donde figura su poema “Gregoriano”, uno de los tres en que Ortiz Paniagua gestó una especie de cosmogonía al mismo tiempo musical (los otros dos se titularon “Jazz” y “Mariachi”) y religiosa:

“Yo escucho a mi Dios  
construyéndose a sí mismo  
en las batallas de la luz,  
y curándose las heridas por la noche”.

Mi amistad con Elizondo se estrechó porque cuando fui

llamado a la subdirección editorial de *Excélsior*, conocí a don Abraham López Lara, que era su compadre. Luego la enternecedora pasión de catecúmeno de don Abraham (catecúmeno del catolicismo de izquierda) lo haría distanciarse de don Gaspar (que, de regreso de su experiencia de adelantado, se mantuvo en un prudente tradicionalismo, nada cavernario). Pero amigo ya de ambos, yo no tuve obligación de optar y seguí siéndolo de los dos. López Lara, un contador cuya temprana jubilación le permitió dedicarse a la investigación histórica, escribía ya en las páginas editoriales de *Excélsior*, y por mi parte pude invitar a Elizondo a la de *Ultimas Noticias*, que procuré reforzar con presencias como la suya, la de don Tomás Allaz, un sacerdote dominico de cultura francesa, y la de Francisco J. Paoli.

Una noche don Gaspar nos invitó a Marta Isabel, la madre de mis hijos y a mi, a cenar en su casa en Romita. Allí conocimos a doña Arcelia, su esposa, y a Gabriel Zaíd y su mujer. Si no me equivoco, no hacía mucho tiempo que Carlos Lohlé, el editor argentino amigo de Elizondo, cuyas publicaciones se vendían en *Biblia, arte y liturgia*, había publicado en Buenos Aires *Los demasiados libros*, de Zaíd, que ya era el personaje enigmático y formidable que es.

Ese encuentro ilustra una de las prendas personales de don Gaspar: su generosa disposición a enlazar a sus amigos. A través suyo conocí al después obispo de Papantla, don Genaro Alamilla (con quien compartíamos desayunos sabatinos en *Lady Hamilton*, la ya desaparecida cafetería

entonces situada al lado de San Francisco, frente al *Sanborns* de Madero). También él me condujo ante don Lorenzo Servitje, con quien lo unió un fuerte vínculo de amistad y colaboración. Me hizo partícipe de sus nexos con la organización *Bimbo*, invitándome a ofrecer conferencias sobre “la cuestión social” en cursos que, por encomienda de don Lorenzo, Elizondo ponía a disposición de todos los niveles del personal.

Al invitarme mostraba otra de sus virtudes, la tolerancia y el respeto por las ideas ajenas. Su modo de pensar y el mío, nunca exactamente coincidentes, seguían ya rutas separadas, lo que no fue nunca obstáculo para que conversáramos animadamente, cuando venía a entregar sus colaboraciones a la sección editorial. Después de que se vio obligado a cerrar la librería, no dejó de interesarse en el comercio editorial, e inauguró en *Excélsior* una columna dedicada a la promoción de libros, lo que me daba otra oportunidad de aproximarnos. Cuando todo eso se acabó para nosotros, don Gaspar siguió formando parte del equipo editorial, y participó un tiempo en *Proceso*.

Me fui antes que él de esa revista, y a partir de entonces la velocidad de la vida nos alejó. No sé si ocurrió después, o ya había sucedido, la muerte de su esposa. Pero recuerdo vívamente el funeral. Al volver de la tumba, en el Panteón Español, hacia el estacionamiento, don Gaspar me habló de su esposa. Lo hizo sin dolor, con amor serenado por los años. Me contó que poco después de nacido el último de sus hijos, a doña Arcelia le fue diagnosticado

cáncer, de esos que ya no tienen remedio y ordenan una cita premiosa con la muerte; pero ella se negó a acatar la instrucción fatal, razonando que no podía dejar tan pequeño a su vástago postrero, y que ya moriría cuando el chico no la necesitara. Y el desenlace sobrevino 15 ó 16 años después.

Don Horacio, Ortiz Paniagua y don Gaspar tomaban café en el horroroso (todos lo son) *Vips* de la glorieta California, frente a la Ciudad de los Deportes, los sábados, ya avanzada la mañana. Pese a la atracción de esa tertulia, donde imperaba la suavidad (Ortiz Paniagua, conocido como *Fanty*, por su casi imperceptible, fantasmal, deslizarse por la vida, daba el tono a la reunión) no pude convertirme en el cuarto convidado de planta y sólo arribaba de vez en cuando. De suerte que transcurrían largos trechos entre conversación y conversación. La última que me ofreció don Gaspar versó sobre su amigo Gabriel Zaíd.

Por una combinación de interés profesional y manía de viejo, leo los obituarios de los periódicos con particular atención, y allí me golpeó la triste noticia de la muerte de don Gaspar. Como a toda mala conciencia en trance semejante, me asalto la culpa de no haberlo buscado más asiduamente, de no haberme beneficiado con mayor frecuencia de su sabiduría reposada, aunque en alguna época pretérita, cuando me formulé ese mismo reproche, me respondí que de todos modos, aun a la distancia, don Gaspar era una presencia en mis días.

Al final de los suyos, don Gaspar Elizondo Quezada

era un descreído de la política y un fiel profesante de su fe. Estoy seguro de que me hubiera hecho bien oír más de cerca la expresión de esa su doble actitud. Acaso, de ese modo, habría conseguido paliar mi fe en la política y mi vaga incredulidad religiosa, que tal vez no pasan de ser dos solemnes tonterías.